



# Kuélap: la ciudad de la niebla

TEXTO Y FOTOS DE ROLLY VALDIVIA CHÁVEZ

EN LA SELVA DEL NORTE DE PERÚ, TODAVÍA ENVUELTAS EN EL ENCANTO DE LO QUE PERMANECE OCULTO, RODEADAS DE UN PAISAJE EN EL QUE SE MEZCLAN LA SELVA HÚMEDA Y LA NIEBLA, Y CERCA DE LA TERCERA CASCAIDA MÁS ALTA DEL MUNDO, SE YERGUEN LAS RUINAS DE KUÉLAP QUE FUERON, ALGUNA VEZ, HOGAR DE LOS CHACHAPOYAS, UN PUEBLO QUE RESISTIÓ CON BRAVURA AL IMPERIO INCA.

**E**n un amanecer saturado de niebla, un grupo de viajeros enfila sus pasos por un paraje montañoso. Su destino es una fortaleza prehispánica de nombre extraño que apenas si logran recordar. Lo aprenderán después o quizá nunca lo hagan. Eso no les preocupa demasiado. Total, han llegado hasta aquí para conocer el otro Machu Picchu, el Machu Picchu del norte.

En el mismo amanecer, un conductor hace malabares por una carretera quebradiza. Su destino es una explanada en la que nace un senderito trepador. "Tendrán que continuar a pie", anuncia a sus pasajeros. Ellos bajan con premura y toman rumbo con presteza hacia Kuélap (tres mil metros sobre el nivel del mar), complejo arqueológico que, según les han dicho, no tiene ningún parecido con Machu Picchu.

Paradojas en un amanecer que empieza a vestirse de mañana incierta, cuando los rayos del sol se liberan tímidamente de la densa espesura del cielo, iluminando con tenues matices dorados al laberinto de montañas que pueblan el horizonte, a la niebla expansiva que acaricia y oculta al bosque, a la tierra ondulante que se convierte en selva.

El sendero no es kilométrico ni agotador. Sólo falta un puñado de minutos para que los viajeros vean con sus propios ojos aquella fortaleza erigida en un lugar inverosímil por los hombres de la niebla, los sachapuyas o chachapoyas, forjadores de una cultura en las cumbres casi inaccesibles de la ceja de selva del norte de Perú, un espacio de transición entre el soroche y el calor amazó-

nico, construido por un pueblo que resistió con bravura y hasta la abnegación el asedio de los incas, los hijos del sol.

En la serena y sosegada María, la comunidad más cercana al monumento prehispánico, varios pobladores han acondicionado las sencillas habitaciones de sus viviendas para recibir a los foráneos que siguen arribando a cuenta gotas. A pesar de las promesas de las autoridades de dinamizar el turismo, eso no ocurre hasta ahora. La actividad sigue siendo incipiente y buena parte de la población cree que nada cambiará hasta que se reabra el aeropuerto de Chachapoyas, la capital regional. Éste fue cerrado luego de un trágico accidente en el año 2003. Desde entonces, viajar a la zona se ha convertido en una auténtica aventura que, en su opción más enrevesada, bordea las 20 horas de viaje carretero desde Limay eso sólo hasta Chachapoyas (2334 metros sobre el nivel del mar), una ciudad apacible con aroma a pan recién horneado. Fundada por Alonso de Alvarado el 5 de setiembre de 1538 con el ostentoso nombre de San Juan de la Frontera de los Chachapoyas, sus calles centenarias conservan el semblante hispano, manteniéndose en pie casonas de distinguida prestancia. Es indispensable descansar en la ciudad para recuperarse de los zarandeos de la ruta y planificar las excursiones. Kuélap, la catarata de Gocta, los sarcófagos de Karajía o el Museo de Leymebamba, donde se exponen algunas de las 200 momias sachapuyas halladas en seis fastuosos y distantes mausoleos, que los antiguos levantaron sobre un temible farallón.

A María se llega por una carretera apenas afirmada que coquetea con el vacío y parece ser el trazo alucinado de un ingeniero de pulso inestable. Dicen las malas lenguas que un ingeniero enamorado hasta el tuétano modificó un pequeño tramo de la red vial, con la inocente y romántica intención de que la pista pasara por la puerta de su amada. Los relatos más insidiosos agregan que tiempo después la relación se iría al tacho, por lo que el gesto terminaría beneficiando a otro caballero.

#### CONOCER LA FORTALEZA

Ya se ven las primeras paredes de piedra. Son enormes y colosales, infranqueables, construidas para resistir el ataque de los más fieros invasores. Kuélap (distrito de Tingo, provincia de Luya) es una fortaleza protegida por murallas de 20 metros de alto. Sus tres accesos escalonados se van estrechando y hay



Kuélap



sectores en los que sólo puede pasar un hombre. De esa manera se evitaba una invasión en masa. Los atacantes tenían que tener paciencia y cercar el lugar. Eso hicieron los incas que demoraron años en vencer a los hombres de la niebla. Fue una lucha cruenta y heroica, una victoria abnegada para las huestes de Túpac Yupanqui, el orejón cusqueño que dominaría la actual región del Amazonas alrededor del año de 1480. La derrota abrió heridas profundas en los pobladores locales. Ellos jamás aceptaron el dominio de los señores del Tawantinsuyo. Por esa razón, cuando los españoles aparecieron en el mundo andino, los curacas chachapoyanos se aliaron con los ibéricos. Era su venganza, su forma de demostrar su encono y su último intento por recuperar su autonomía. Fue una apuesta arriesgada. Una apuesta que perdieron.

Eso es parte del pasado. En este presente de mañanas inciertas, los viajeros que enfilan sus pasos por un paraje montañoso empiezan a desconfiar de lo que les mostraron los folletos e internet. Todo es un engaño, refunfuñan. Nada, hasta ahora, se parece a Machu Picchu, excepto por esas llamitas que pastan en la hierba humedecida de rocío. También por ciertas pinceladas del paisaje.

Cerca de ellos, otro grupo de muchachos se siente más que complacido. Sus informantes estaba en lo cierto, Kuélap no es una mala imitación de la maravilla inca. Es otra cosa, por su inmensidad abrumadora, sus espectaculares parapetos de piedra caliza, sus viviendas circulares, sus frisos geométricos y sus enhiestos torreones de vigilancia.

Ya en el lugar, un guía local se afana por explicarles de todo un poco. Del juez de Primera Instancia Juan Crisóstomo Nieto, a quien se le atribuye el descubrimiento del complejo en 1843, de las otras joyas arquitectónicas de los sachapuyas, como el Gran Pajatén y el Gran Saposoa, resplandecientes tesoros arqueológicos en la espesura de la selva, todavía cerrados para el turismo masivo. También habla de las concesiones mineras que amenazan



Los frisos de Kuélap.



Alpaca de Perú.



el entorno geográfico, de los 25 millones de metros cúbicos de material que sus antepasados utilizaron en la obra, del Pueblo Bajo con sus más de 300 estructuras y del Pueblo Alto con sus 80 edificaciones, de las grandes dimensiones del complejo (584 metros de largo, 110 metros de ancho) y de los trabajos de recuperación que el Instituto Nacional de Cultura realiza actualmente. “¿Qué les parece?”, pregunta con entusiasmo, el mismo que ya invade a los buscadores del otro Machu Picchu. Ellos están fascinados, recorriendo pasadizos estrechos, contemplando el vacío en los límites de la fortaleza, acercándose al Tintero, que habría sido un edificio ceremonial de más de cinco metros de altura, y al Castillo, una estructura de tres plataformas superpuestas.

**UN HALLAZGO REFRESCANTE**

Ya no piensan en la maravilla cusqueña. Ahora sí recuerdan el nombre de lugar en el que están, porque jamás se olvidarán de Kuélap, de Chachapoyas ni de Amazonas, una región de contrastes, de montañas y bosques, de gente de sierra y selva. Un territorio agreste y corrugado en el que germinó una cultura única. Un destino turístico en el que aún quedan muchos atractivos por descubrir.

No es la emoción lo que los lleva a pensar eso. Es una verdad incontrastable que se hizo patente en marzo de 2006, cuando el explorador alemán

Stefan Ziemendorff sorprendió al mundo al anunciar que la catarata de Gocta o la Chorrera (distrito de Valera, provincia de Bongará), era la tercera en altura en todo el planeta. Hasta ese instante, sólo los pobladores de Cocachimba y San Pablo conocían su existencia. Es un velo de agua de 771 metros de caída, desdeñado por siglos como si fuera un chorrillo insignificante. Y lo más asombroso era que no estaba tan lejos y que llegar hasta ahí no implicaba mayores dificultades. Ahora, ya se ha acondicionado un camino y se ha abierto la ruta, aprovechando que las comunidades mencionadas no están a años de luz de Chachapoyas (una hora por tierra y otras tres a pie hasta la catarata).

Gocta es una alternativa que vincula a la naturaleza. Rodeada de bosques primarios que son el hábitat de especies en peligro de extinción, como el mono cola amarilla y el gallito de las rocas, que es el ave nacional de Perú. La caída se torna poderosa e imponentemente bella en la época de lluvias (diciembre a marzo); entonces, todo se vuelve barroso, resbaladizo, interesante.

Se acaba la mañana. Los viajeros preparan el retorno. Todos se van complacidos. Los que buscaban y no encontraron al otro Machu Picchu, los que sabían que Kuélap era totalmente distinto. Nadie se decepciona del reino de los sachapoyas y del legado monumental de los hombres de la niebla.



**GUÍA PRÁCTICA**

**CÓMO LLEGAR  
VÍA TERRESTRE**

La distancia de Lima hasta Chachapoyas es de 1409 kilómetros (vía Chiclayo). Tiempo aproximado: 21 horas. Hay servicios directos con alimentación a bordo. Para acortar el viaje, se recomienda tomar un vuelo hasta Chiclayo (una hora desde Lima) y de ahí continuar por carretera (455 kilómetros, 12 horas).

**RUMBO A KUÉLAP Y GOCTA**

**De Chachapoyas a Kuélap:** 72 kilómetros. Tiempo de viaje: tres horas, aproximadamente. Se recomienda alquilar un taxi si piensa retornar el mismo día a la capital regional. El camino en auto no llega hasta el complejo arqueológico. Hay que caminar unos 30 minutos, por un sendero claramente marcado.

**De Chachapoyas a Gocta:** 37 kilómetros hasta Cocachimba. Tiempo de viaje: dos horas. Hay servicio público y privado. Desde Cocachimba a pie hasta la catarata por un camino sinuoso. Tiempo estimado: cinco horas (ida y vuelta). Se requiere contratar los servicios de un guía local y se recomienda el uso de botas.

**DÓNDE DORMIR Y COMER**

Los mejores servicios se encuentran en Chachapoyas, la capital regional. La ciudad ofrece variedad de hospedajes de categoría intermedia. No hay ningún establecimiento cinco estrellas. Lo mismo ocurre en el caso de los restaurantes.

En María, el pueblo más cercano a Kuélap, varias familias han habilitado cuartos en sus viviendas. No hay lujos, pero la experiencia es reconfortante. También hay establecimientos para comer.

